

miento. De ti depende que todos los rasgos de tu vida, tus ensayos, tus errores, tus ilusiones, tus faltas, tus sufrimientos, tu amor y tu esperanza coadyuven sin excepción á tu designio, y este designio es el de llegar á ser tú mismo una cadena necesaria de anillos de la civilización, y el deducir por esta necesidad, la necesidad de la marcha de la civilización universal. Cuando tu vista haya adquirido bastante fuerza para poder mirar hasta el fondo en el lago turbio de tu ser y de tus conocimientos, quizá también en ese espejo las constelaciones lejanas de las civilizaciones del porvenir se te harán visibles. ¿Crees que tal vida, con tan alto designio, puede hacérsete demasiado penosa, demasiado desnuda de todo consuelo? Si tal crees, es que no has aprendido todavía á conocer que no hay miel más dulce que la del conocimiento, y que los senos de la aflicción son los pechos en que todavía habrás de amamantarte, de donde sacarás la leche de tu refrigerio. Cuando crezcas en edad, verás cuántas veces has oído la voz de la naturaleza, de esa naturaleza que gobierna el universo por medio del placer; la misma vida que nos lleva á la vejez, nos lleva también á la sabiduría, gozo constante del espíritu ante esa dulce luz del sol; una y otra vejez y sabiduría te llegan por una misma vertiente; así lo ha querido la naturaleza. Entonces llega la hora de la aproximación de la muerte, sin que puedas indignarte por ello. Será hacia la luz tu último movimiento, será un ¡hurra! de reconocimiento tu último grito.

CAPITULO VI

El hombre en la sociedad.

293. *Disimulo benévolo.*—Es á menudo necesario en el trato de los hombres recurrir á un disimulo benévolo, como si no penetráramos los motivos de su conducta.

294. *Copias.*—No es raro encontrar copias de hombres de consideración; y la mayor parte de las personas, como sucede con los cuadros, tienen también mayor aprecio por las copias que por los originales.

295. *El orador.*—Se puede hablar de una manera perfectamente justa, y sin embargo, de modo que todo el mundo pregone lo contrario; es cuando no se habla para todo el mundo.

296. *Falta del abandono.*—La falta del abandono entre amigos es una falta que no puede ser repetida sin hacerse irremediable.

297. *Sobre el arte de dar.*—La obligación de rehusar un don únicamente porque no es ofrecido con buenas maneras, prepara contra el dador.

298. *El adicto más peligroso.*—En todo partido existe un hombre que, profesando exageradamente los principios de ese partido, excita á los demás á desertar de él.

299. *Consejeros del enfermo.*—Quien da consejos á

un enfermo se asegura un sentimiento de superioridad sobre él, sean seguidos ó rechazados. Tal es la causa de que los enfermos irritables y orgullosos aborrezcan á los consejeros más que á la enfermedad misma.

300. *Dos especies de igualdad.*—La sed de igualdad puede manifestarse en que se quiera, ó bien someter á los demás (rebajándolos, reduciéndolos al silencio, mirándolos sobre el hombro), ó bien elevarse con todos (haciéndoles justicia, ayudándolos, regocijándose de los éxitos de otro).

301. *Contra el encogimiento.*—El medio mejor de socorrer á las personas que se hallan muy encogidas y de tranquilizarlas, consiste en alabarlas de una manera decidida.

302. *Preferencia por ciertas virtudes.*—Nosotros esperamos para dar valor particular á la profesión de una virtud, haber notado su completa ausencia en nuestros enemigos.

303. *Por qué se contradice.*—Se contradice frecuentemente una opinión mientras que en realidad es solamente el tono en que nos ha sido presentado, el que no nos es simpático.

304. *Confianza y confidencia.*—El que busca con propósito deliberado penetrar en lo confidencial de otra persona, no está de ordinario cierto de poseer su confianza. El que está seguro de la confianza, da poco valor á la confidencia.

305. *Equilibrio de la amistad.*—Muy á menudo en nuestras relaciones con otro, la vuelta al justo equilibrio de la amistad se consigue si añadimos en nuestro platillo algunos granos de injusticia.

306. *Los médicos más peligrosos.*—Los médicos más peligrosos son los que nacidos comediantes, imitan

al médico nacido con un arte consumado de ilusión.

307. *Cuándo las paradojas se hallan en su puesto.*—Para atraerse á las personas de ingenio en favor de una proposición, basta á veces presentarla bajo la forma de una paradoja monstruosa.

308. *Cómo se gana á las personas de valor.*—Para atraer á las personas de valor á una acción, basta presentarla mucho más peligrosa que lo que es.

309. *Graciosidades.*—A las personas que no amamos, les achacamos á crimen las gracias que nos hacen.

310. *Hacer esperar.*—Seguro medio de exasperar á las personas y de inculcarles malos pensamientos es hacerlas esperar. Esto hace inmoral.

311. *Contra los confiados.*—Las personas que nos brindan su plena confianza, creen por ello tener derecho á la nuestra. Es un error de razonamiento: los dones no dan derecho.

312. *Medio de apaciguamiento.*—Basta á menudo presentar á otro á quien hayamos causado algún agravio la ocasión de expresar alguna palabra en favor nuestro, para procurarle una satisfacción personal, para disponerle bien en relación á nosotros.

313. *Vanidad de la lengua.*—Sea que el hombre oculte sus malas cualidades y sus vicios, sea que los confiese con franqueza, su vanidad desea siempre, en uno y otro caso, encontrar en ello una ventaja: obsérvese solamente con qué finura distingue ante quien oculta sus cualidades, y ante quien es honrado y franco.

314. *Por consideración.*—No querer mortificar, no querer herir á nadie, puede ser tanto una muestra de justicia como de timidez.

315. *Indispensable para la disputa.*—El que no

sabe poner sus ideas en el hielo, no debe empeñarse en el calor de la discusión.

316. *Frecuentación y arrogancia.*—Uno olvida la arrogancia siempre que sabe que está entre personas de mérito; estar solo produce presunción. Los jóvenes son arrogantes, pues frecuentemente sus compañeros todos, no siendo nada, quieren pasar por ser mucho.

317. *Motivo del ataque.*—No se ataca solamente por hacer mal á alguno, por vencerlo, sino quizá también por el solo placer de adquirir conciencia de la propia fuerza.

318. *Adulación.*—Las personas que en nuestras relaciones con ellas quieren aturdir nuestra prudencia con sus lisonjas, usan de un medio peligroso, semejante al narcótico, que si no adormece, no hace sino ternos más insomnes.

319. *Buen epistolar.*—El que no escribe libros, piensa mucho y vive en una sociedad que no le basta, será siempre un buen epistológrafo.

320. *Lo más feo posible.*—Puede dudarse de que un gran viajero haya encontrado en ninguna parte del mundo sitios más feos que en la faz humana.

321. *Los compasivos.*—Las naturalezas compasivas, á cada instante prontas á socorrer en el infortunio, son rara vez al mismo tiempo complacientes: en la dicha de otro no tienen qué hacer, son superfluos, no se sienten en posesión de su superioridad, y por esto fácilmente muestran su despecho.

322. *Padres de un suicida.*—Los padres de un suicida le imputan á mal el no haber quedado vivo, atendiendo á su reputación.

323. *Prever la ingratitud.*—El que da algo grande no encuentra reconocimiento; pues el favorecido, por

el solo hecho de recibirlo, encuentra ya demasiado peso que llevar.

324. *En una sociedad sin espíritu.*—Nadie es capaz de buena voluntad para el hombre espiritual por su cortesía, cuando se pone al nivel de una sociedad en que no es cortés ser espiritual.

325. *Presencia de testigos.*—Cualquiera es capaz de arrojarle dos veces y con la mejor voluntad tras un hombre que cae al agua, si hay personas que no se atreven á hacerlo.

326. *Callarse.*—La manera más desagradable en las dos partes para replicar en una polémica, es la de enojarse y la de callarse; pues el agresor interpreta ordinariamente el silencio como señal de desprecio.

327. *El secreto del amigo.*—Habrá pocas personas que si se hallan embarazadas para encontrar materia de conversación, no dejen escapar los secretos más importantes del amigo.

328. *Humanidad.*—Lo humano de las celebridades del espíritu, en sus relaciones con personas no célebres, consiste necesariamente en el agravio que infieren.

329. *El embarazado.*—Los hombres que no se sienten á satisfacción en la sociedad, aprovechan cualquier ocasión para hacer sobre cualquiera de los que le rodean y á quienes son superiores, prueba pública de esa superioridad á los ojos de la sociedad, por ejemplo, incomodándole.

330. *Agradecimiento.*—Una alma delicada se mortifica al saber que alguien le debe reconocimiento, una alma grosera al saber que ella lo debe á alguien.

331. *Signo de incompatibilidad.*—El indicio más fuerte de la incompatibilidad de miras entre dos hombres es que ambos se hablen recíprocamente con algo de

ironía, sin que ni el uno ni el otro sientan esa ironía.

332. *Pretensión á propósito de servicios.*—La pretensión á propósito de los servicios que se prestan, ofende más todavía que la pretensión sin esos servicios; el servicio por ese solo hecho es una ofensa.

333. *Peligro en la voz.*—Alguna vez, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos causa molestia y nos lleva á afirmaciones que no son del todo conformes con nuestras opiniones.

334. *En la conversación.*—Saber si en la conversación se dará de preferencia razón á uno, ó mortificación á otro, es puramente asunto de hábito: lo uno como lo otro se justifica.

335. *Temor al prójimo.*—Tememos en el prójimo una disposición hostil, porque tememos que por esa disposición penetre nuestros secretos.

336. *Distinguir por las censuras.*—Personas muy distinguidas distribuyen sus censuras de manera que aun en ellas quieren hacer de nosotros una distinción. Piensan hacernos notar con qué interés se ocupan de nosotros. Las comprenderemos, de un modo enteramente falso, si tomamos sus censuras á la letra y nos defendemos de ellas; con tal proceder las enojamos y apartamos de nosotros.

337. *Despecho por la benevolencia de otro.*—Siempre exageramos el grado de odio ó de temor que creemos inspirar; pues si nosotros conocemos á fondo el grado de nuestro alejamiento de una persona, de una tendencia, de un partido, éstos, por el contrario, nos conocen muy superficialmente, y por esta razón, no nos odian sino superficialmente también.

Encontramos á menudo una benevolencia que nos es inexplicable; pero si no la comprendemos, nos ofen-

de, porque muestra que no se nos toma bastante á lo serio, con bastante consideración.

338. *Vanidades que se cruzan.*—Al encontrarse dos personas cuya vanidad es igualmente grande, conservan en consecuencia mala impresión una de la otra, porque cada una se hallaba tan preocupada por la impresión que quería producir sobre la otra, que ésta no producía ninguna impresión en aquélla; ambas se aperciben al fin que su afán es perdido, y se imputan mutuamente la falta.

339. *Malos modales, buena señal.*—El espíritu superior encuentra placer en las faltas de tacto, en las arrogancias, en las hostilidades, aun de los jóvenes ambiciosos; son éstos como las malas mañas de caballos fogosos, que no han llevado todavía un jinete y que muy pronto se mostrarán orgullosos de llevarlo.

340. *Cuándo es oportuno ser culpado.*—Se hace muy bien en aceptar inculpaciones, sin rechazarlas, aunque nos agraven, cuando su autor sintiera mayor agravio de nuestra parte si le replicamos ó le refutamos. Es verdad que un hombre puede de esta manera hallarse siempre inculcado cuando siempre está en la razón, y, finalmente, con mejor conocimiento del mundo, hacerse el tirano y el demonio más insoportable; y lo que es verdad del individuo, puede también producirse en las clases enteras de la sociedad.

341. *Demasiado poco honrado.*—Las personas presuntuosas á quienes se ha dado señales de estimación menor de la que esperaban, buscan largo tiempo el modo de cambiarlas en sí mismas y en los demás, haciéndose sutiles psicólogos para llegar á concluir que se les ha honrado del todo suficientemente: si no llegan á alcanzar su fin, si se rasga el velo de su ilusión, se entregan á un furor enorme.

342. *Ecos de estados primitivos en el discurso.*—En la manera con que los hombres emiten hoy sus afirmaciones en el mundo, se reconoce frecuentemente un eco del tiempo en que se inclinaban más á las armas que á todo: tan pronto sostienen sus afirmaciones como los tiradores al blanco su fusil, tan pronto se cree sentir el roce y el chocar de las espadas: en algunos hombres, una afirmación cae silbando como un sólido proyectil. Las mujeres, por el contrario, hablan como seres que durante siglos estuvieran sentadas al pie del huso ó manejando la aguja ó jugando como niñas con los niños.

343. *El narrador.*—El que hace una narración, un cuento, deja facilmente notar si narra porque el hecho le interesa ó porque quiere interesar por su narración. En el último caso exagerará, usará de superlativos y de otros procedimientos semejantes. Entonces narra muy mal, porque no piensa tanto en el hecho como en él mismo.

344. *El lector.*—El que lee en alta voz poemas dramáticos hace descubrimientos sobre su carácter: encuentra su voz más natural para ciertas situaciones y escenas que para otras; por ejemplo, para todo lo que es patético ó para todo lo que es bufo, mientras que en la vida ordinaria quizá no tendría ocasión ni aun de mostrar la pasión ó la agudeza de ingenio.

345. *Una escena de comedia que se representa en la vida.*—Alguien se forma por la reflexión una opinión ingeniosa sobre un tema á fin de exponerla en una reunión. Podría entonces hacerse una comedia oyendo y viendo cómo despliega todas las velas para llegar á ese punto y embarcar toda la reunión hacia el lugar en que pueda hacerla notar, cómo conduce continuamente su plática hacia un solo fin, cómo á veces la

perdida la dirección vuelve á tomarla, por fin llega el momento: le falta el aliento casi,—entonces alguno le adelanta la observación, se la quita de la boca. ¿Qué hará entonces? ¿La oposición á su propia opinión?

346. *Impolítico mal de su grado.*—Cuando un hombre, mal de su grado, comete una falta de política hacia alguno, por ejemplo, no lo saluda por haberlo conocido, se siente contrariado, aunque no pueda hacer reproche alguno á sus intenciones; sufre por la mala opinión que ha podido despertar en otro, respecto de sí ó teme las consecuencias de una desavenencia, ó se mortifica por haber herido á otro,—pueden, pues, así excitarse la vanidad ó el temor ó la simpatía, y quizá todo á la vez.

347. *Obra maestra de traición.*—Expresar contra un conjurado la enojosa sospecha de que os traiciona, en el momento mismo en que traicionáis, es la obra maestra de la malicia, porque obligáis á aquél á ocuparse de su persona, y á mostrar durante algún tiempo conducta exenta de toda sospecha, franca y abierta; de modo que el verdadero traidor queda enteramente libre para proceder.

348. *Ofender y ser ofendido.*—Es más agradable ofender y pedir perdón después, que ser ofendido y conceder el perdón. El que hace lo primero manifiesta una prueba de su poder, primero, y después, de su bondad de carácter. El otro, si no quiere pasar por inhumano, está obligado á perdonar; el gozo que procura la humillación de otro es muy reducido por esa humillación.

349. *En la disputa.*—Cuando uno contradice una opinión y al mismo tiempo expone la propia, el continuo ocuparse de la opinión ajena desordena ordinariamente la actitud natural de nuestra opinión: se mues-

tra más decidida, más decisiva, y hasta quizá exagerada.

350. *Artificio*.—El que quiere obtener de otro alguna cosa difícil, no debe de ningún modo presentarla como un problema, sino establecer simplemente su plan como si fuera el único posible; debe saber, desde el momento en que vea por la mirada del interlocutor que va á aparecer la objeción, la réplica, romper con viveza la conversación y no dejarle tiempo.

351. *Remordimientos que siguen á ciertas reuniones*.—¿Por qué sentimos remordimiento después de habernos encontrado en reuniones vulgares? Porque hemos tratado muy ligeramente cosas importantes, porque hablando de ciertas personas no hemos hablado con la mejor buena fe ó porque hemos guardado silencio cuando debimos tomar la palabra, porque en la ocasión oportuna hemos dejado de levantarnos bruscamente y dejar esa compañía, porque, en fin, nos hemos conducido en ella como si á ella perteneciéramos.

352. *Uno es juzgado erróneamente*.—El que siempre está en escucha de los juicios que de él se hacen, tendrá siempre padecimiento. Pues ya somos malamente juzgados por los que nos tienen cerca («que nos conocen mejor»). Aun los buenos amigos dejan en una palabra desfavorable escapar su desacuerdo: ¿y serian nuestros amigos si nos conocieran bien?—Los juicios de los indiferentes hacen mucho daño, porque tienen un tono de imparcialidad, casi impersonal. Pero si advertimos que alguno que nos es hostil conoce algún punto nuestro, que hayamos querido conservar secreto tanto como nosotros mismos ¡cuál será nuestro despecho!

353. *Tiranía del retrato*.—Los artistas y los hombres de Estado que, rápidamente, por rasgos aislados

componen la imagen entera de un hombre ó de un suceso, son siempre injustos porque exigen en seguida que sea realmente tal como lo han pintado; exigen simplemente que un hombre tenga los talentos, la astucia, la injusticia que su vida expresa en esa representación.

354. *El padre considerado como el mejor amigo*.—Los griegos que sabían tan bien lo que es un amigo—sólo ellos entre todos los pueblos poseen un estudio filosófico, profundo, múltiple de la amistad; al punto de ser los primeros y hasta hoy los últimos para quienes el amigo haya parecido un problema digno de solución,—esos mismos griegos han designado á los padres con un término que es el superlativo de la palabra «amigo». Esto es para mí inexplicable.

355. *Honradez desconocida*.—Cuando alguno en la conversación se cita á sí mismo («yo digo entonces» «yo tengo costumbre de decir»), produce la impresión de una pretensión, mientras que, por el contrario, proviene de una fuente opuesta, cuando menos de la honradez, el no querer adornar y ataviar aquel mismo momento con inspiraciones que corresponden á un momento precedente.

356. *El parásito*.—Es señal de falta completa de sentimientos nobles cuando alguno prefiere vivir en la dependencia, á expensas de otro, para no estar obligado á trabajar, y ordinariamente con cierta secreta prevención contra aquellos de quienes depende. Tal disposición es mucho más frecuente entre los hombres que entre las mujeres y también mucho más perdonable (por razones históricas).

357. *En el altar de la reconciliación*.—Hay circunstancias en las cuales el solo medio para obtener una cosa de un hombre es herirle y hacer de él un enemigo: este sentimiento de tener un enemigo le ator-

menta á tal punto, que aprovecha el primer indicio de una disposición más suave para reconciliarse, y sacrifica en el altar de la reconciliación aquello á que antes atribuía tal importancia que no quería hacerlo á ningún precio.

358. *Reclamar piedad, signo de pretensión.*—Hay hombres que cuando se encolerizan y ofenden á los demás, exigen con esto, primeramente, que nada se tome á mal en ello, y después, que se les tenga compasión porque están sujetos á paroxismos tan violentos. A tanto alcanza la pretensión humana.

359. *Cebo.*—«Todo hombre tiene su precio»—esto no es exacto. Pero puede encontrarse para cada cual el cebo en que deba morder. Así, para ganar muchas personas á una causa, no hay más que dar á ésta el barniz de la filantropía, de la nobleza, de la beneficencia, del sacrificio, ¡y á qué causa no podrá dársele!... Es el confite y la golosina para sus almas; pero hay también otros cebos.

360. *Continencia en relación al elogio.*—Si buenos amigos alaban la naturaleza bien dotada, ésta se mostrará á menudo contenta por cortesía y benevolencia, ¡pero en realidad es igual! Su esencia particular es indolente á este respecto, y por consiguiente, mal dispuesta á dar un paso para salir del sol ó de la sombra en que se halla reclinada; pero los hombres, por la alabanza, quieren contestar y sería disgustarlos no manifestarse contento de sus alabanzas.

361. *La experiencia de Sócrates.*—Cuando se ha llegado á ser maestro en una cosa, se es por lo general aprendiz en la mayor parte de las otras; pero creyendo siempre lo contrario, como lo experimentaba ya Sócrates. Tal es el inconveniente que hace desagradable el trato de los maestros.

362. *Medio de defensa.*—En la lucha con la necesidad, los más moderados y los más suaves de los hombres acaban por ser brutales. Quizá están por ello en el verdadero camino de la defensa; pues ante un contrario estúpido, el argumento que conviene es el puño cerrado. Pero puesto que, como ya he dicho, su carácter es dulce y moderado, sufren por este medio de defensa legítima más de lo que hacen sufrir.

363. *Curiosidad.*—Si la curiosidad no existiera, muy poco se haría por el bien del prójimo. Pero la curiosidad se insinúa bajo el nombre de deber ó de compasión en la casa del que sufre y del necesitado. Quizá aun en el famoso amor maternal, exista una buena parte de curiosidad.

364. *Equivocaciones de la sociedad.*—Este desea hacerse interesante por sus juicios, aquel por sus simpatías y sus aversiones, el tercero por sus conocimientos, el cuarto por su aislamiento—y todos se equivocan.—Pues aquel ante quien el espectáculo se presenta, piensa que él es el único espectáculo digno de consideración.

365. *Duelo.*—En favor de todos los asuntos de honor y de los duelos, puede decirse que si un hombre tiene un sentimiento tan vivo que no pueda vivir si tal ó cual dice ó piensa tal cual cosa sobre su persona, tiene el derecho de exigir la muerte del uno ó del otro. Sobre el hecho de que sea tan susceptible, no hay que discutir; somos en esto los herederos del pasado, de su grandeza, así como de sus exageraciones, sin las cuales no existió jamás la grandeza. Si existe hoy un canon de honor que hace de la primera sangre el equivalente de la muerte, de manera que después de un duelo regular se tiene la conciencia aliviada, es un gran beneficio, porque de otro modo muchas existen-

cias humanas estarían en peligro. Tal institución enseña, por otra parte, á los hombres á vigilar sus expresiones y hace con ellos posible el trato.

366. *Nobleza y reconocimiento.*—Una alma noble se sentirá de buen grado obligada al reconocimiento, y no evitará ansiosamente las ocasiones en que pueda quedar obligado; del mismo modo, más tarde se mostrará conveniente en sus expresiones de reconocimiento; mientras que las almas bajas se guardan de toda obligación, ó más tarde en la expresión del reconocimiento serán exageradas y demasiado apresuradas. Esto se produce, por lo demás, entre las personas de baja esfera ó de situación opuesta: un favor que se les dispensa, les parece un milagro de generosidad.

367. *Las horas de elocuencia.*—Alguien tiene, para hablar bien, necesidad de alguno que le sea decidida y notoriamente superior; otro no puede encontrar sino delante de alguien á quien domine, plena libertad de palabra y hermosos giros de elocución: en los dos casos la razón es la misma: cada uno de ellos no habla bien sino cuando habla *sin inquietud*, el uno porque delante de su superior no siente el aguijón de la concurrencia, de la rivalidad, el otro porque se halla en el mismo caso ante su inferior. Hay aún otra clase de hombres que no hablan bien sino cuando hablan con emulación, con intención de vencer. ¿Cuál de las dos especies es más ambiciosa, la que habla bien cuando se despierta su ambición, ó la que por el mismo motivo habla mal ó no habla?

368. *El talento de la amistad.*—Entre los hombres que tienen un don particular para la amistad, dos tipos se presentan. El uno está en elevación continua y encuentra para cada fase de su desenvolvimiento un amigo exactamente conveniente. La serie de amigos

de que se hace de esta manera, está rara vez en alianza mutua, á menudo se halla en mala inteligencia y en contradicción; muy naturalmente, puesto que las fases ulteriores de su desenvolvimiento anulan ó alteran las anteriores. Tal hombre puede por broma llamarse *hombre escala*. El otro tipo está representado por el que ejerce una fuerza de atracción sobre caracteres y talentos muy diversos, tanto que se atrae todo un círculo de amigos; pero éstos por eso mismo llegan á relaciones amistosas entre ellos, á despecho de todas las diferencias. Tal hombre puede llamarse *hombre círculo*, pues ese acuerdo de situaciones y de naturalezas tan diversas, debe ser en algún modo una forma preexistente de él. Por lo demás, el talento de tener buenos amigos es más grande en muchos que el talento de ser buen amigo.

369. *Táctica en la conversación.*—Después de una conversación con algunas personas se halla uno lo mejor dispuesto hacia su interlocutor, si ha tenido ocasión de desplegar ante él su espíritu, su amabilidad, en todo su brillo. Es lo que aprovechan los hombres malignos que quieren predisponer á alguien en su favor, procurándole en la conversación las mejores ocasiones de hacer una frase, etc. Puede uno imaginarse lo que sería una conversación entretenida entre dos malignos que quieren recíprocamente ponerse en disposición favorable, y con esta mira desparrraman aquí y allá en la conversación las bellas ocasiones, sin que ninguno las aproveche; así, la conversación se proseguiría enteramente desnuda de espíritu y de amabilidad, porque cada uno dejaría al otro la ocasión de mostrar amabilidad y espíritu.

370. *Descargo del mal humor.*—El hombre que fracasa en alguna cosa, prefiere achacar ese descalabro

á la mala voluntad de otro que á la casualidad. Su sobreexcitación se calma con el hecho de imaginarse que el fracaso lo debe á una persona no á una cosa; pues de las personas puede uno vengarse y del destino hay que devorar los agravios. El cortejo de un príncipe tiene por esta razón la costumbre, cuando ha fracasado en algo, designarle como sedicente causa; un personaje único, sacrificado en interés de todos los demás cortesanos, pues de otro modo el mal humor del príncipe se ejercitaría sobre todos ellos, ya que de la diosa del destino no se puede tomar venganza.

371. *Tomar el color del medio.*—¿Por qué la simpatía y la aversión son tan contagiosas, que apenas si se puede vivir cerca de un hombre de pasiones fuertes, sin llenarse como un tonel, de su pro y de su contra? Primero, la completa abstención del juicio es difícil, á veces insoportable para nuestra vanidad: tiene el mismo color que la pobreza de inteligencia y de sentimiento, ó que la timidez y la falta de virilidad; y así nos sentimos arrastrados, cuando menos, á tomar un partido, aunque vaya contra la tendencia de quienes nos rodean, si esta actitud causa mayor placer á nuestro orgullo. Pero de ordinario—es el segundo punto—no adquirimos absolutamente conciencia del paso de la indiferencia á la simpatía ó á la aversión, sino que nos acostumbramos poco á poco á la manera de sentir de quienes nos rodean, y como la aprobación simpática y la cordialidad mutua son cosas muy agradables, no tardamos en tomar todos los caracteres y colores del medio en que vivimos.

372. *Ironía.*—La ironía no está en su puesto sino como método pedagógico de un maestro en sus relaciones con sus alumnos, de cualquier clase que sean; su fin es la humillación, la confusión; pero de esa especie

saludable que despierta buenas resoluciones y que llega á obligarnos, para quien nos ha tratado así, al respeto, á la gratitud, como á nuestro médico. El ironista afecta un aire de ignorancia, y esto hace que los alumnos que con él conversan sean engañados, adquieran seguridad en la convicción de su propia superioridad y así ofrezcan toda clase de motivos de ironía; pierden su reserva, se muestran tales como son, hasta que en momento dado la luz que tenían en la boca de su maestro haga caer de manera muy humillante sus rayos sobre ellos mismos. Allí donde una relación semejante á la del maestro y el discípulo no tiene lugar, es un mal procedimiento, una afectación vulgar. Todos los escritores irónicos cuentan con aquella especie necia de hombres que se creen de grado superiores á todos los demás, juntamente con el autor, á quien consideran órgano de su pretensión. El hábito de la ironía, como el del sarcasmo, corrompe, por otra parte, la moral: le presta poco á poco el carácter de superioridad que se complace en dañar; quien lo tiene acaba por parecerse á un perro arisco que hubiera aprendido, aparte el arte de morder, el arte de reír.

373. *Pretensión.*—Nada hay que deba evitarse tanto como el crecimiento de esa mala yerba que se llama pretensión y nos malogra las mejores cosechas, pues puede haber pretensión en la cordialidad, en los testimonios de respeto, en la confianza benevolente, en la caricia, en el consejo amistoso, en la confesión de las faltas, en la compasión por otro, y todas esas cosas tan bellas producen repugnancia cuando esta yerba crece en ellas. El pretencioso, es decir, el que quiere tener más importancia de la que tiene ó de la que se le presta, hace siempre un cálculo falso. Es verdad que se asegura el éxito de un momento, en el

sentido de que las personas delante de las cuales se muestra pretencioso, le conceden ordinariamente la medida de honor que reclama, por timidez ó por indiferencia; pero sacan de ello una dura venganza, retirándole el equivalente de lo que ha reclamado en proporción mucho mayor del valer que le atribuían hasta entonces. Nada hay que los hombres se hagan pagar más caro que la humillación. El pretencioso puede de tal manera dejar sospechoso y mezquino á los ojos de los demás su gran mérito real, que sea pisoteado y despreciado. Tampoco debería uno permitirse una actitud soberbia, sino allí donde se tiene la seguridad de no ser mal comprendido y mirado como pretencioso, como por ejemplo, ante su amigo ó su mujer. No hay, pues, en el trato social mayor locura que atraerse la reputación de pretencioso; esto es peor aún que no haber aprendido á mentir con cortesía.

374. *Conversación á solas.* El *tête à tête* es la conversación perfecta porque todo lo que dice el uno recibe su matiz determinado, su timbre, el gesto que lo acompaña *únicamente en relación al otro interlocutor*; es, por consiguiente, algo análogo á lo que sucede en la correspondencia, á saber: que una misma y sola persona muestra diez aspectos de la expresión de su alma, según que escriba al uno ó al otro. En el *tête à tête* no hay sino una sola refracción del pensamiento: la que produce el interlocutor como el espejo en el cual queremos ver nuestras ideas reflejadas tan fielmente como sea posible. Pero ¿qué pasa en el caso de dos, de tres y de mayor número de interlocutores? Entonces la conversación pierde necesariamente en finura individualizante, las diversas relaciones se atraviesan, se destruyen: el giro que satisface al uno no satisface al otro. Por esto es que el

hombre en relación con muchos, se encerrará en sí mismo, establecerá los hechos como son, pero quitará á los sujetos esa libre atmósfera de humanidad que hace de una conversación una de las cosas más agradables del mundo. Escuchad, si no, el tono en el cual los hombres tienen costumbre de hablar con grupos enteros de hombres; es como si la base fundamental de todo el discurso fuera ésta: «¡He aquí lo que *yo* soy, lo que *yo* digo; tomad ahora de ello lo que queráis!» Esta es la razón por que las mujeres espirituales dejan, en quien las ha conocido en el mundo, una impresión sorprendente, penosa, desconsoladora: el hecho de hablar á muchas personas les quita toda amenidad de espíritu; no dejan traslucir sino el reposo consciente sobre sí mismas, su táctica y la intención de triunfar, mientras que las mismas damas, en el *tête à tête*, vuelven á ser mujeres y á encontrar la gracia de su espíritu.

375. *Gloria póstuma.*—Esperar en el reconocimiento de un lejano porvenir no tiene sentido sino admitiendo que la humanidad es esencialmente inmutable, y que todo lo que es grande debe sentirse grande, no para un tiempo solamente, sino para todos los tiempos. Esto es un error; la humanidad en todo lo que es impresión y juicio sobre lo bello y el bien, se modifica muchísimo; es un delirio creer que vayamos delante una milla siquiera y que el conjunto de la humanidad siga *nuestro* camino. Además, un sabio que sea desconocido puede contar hoy decididamente que su descubrimiento será hecho todavía por otros, y que cuando más, algún día, un historiador reconocerá que él también había sabido ya esto y aquello, pero que no se había hallado en estado de hacerlo creer. No haberse dado á conocer, no haber sido reconocido, será

mirado siempre por la posteridad como falta de fuerza. En resumen, no se debe tomar tan fácilmente el partido de aislamiento orgulloso. Existen casos excepcionales; pero la mayor parte de las veces son nuestras faltas, nuestra debilidad y nuestras locuras, lo que impide el reconocimiento de nuestras grandes cualidades.

376. *Los amigos.*—Considera solamente una vez contigo mismo cuán diversos son los sentimientos, cuán divididas las opiniones aun entre los conocimientos más próximos, y aun cuántas opiniones semejantes tienen en el cerebro de tus amigos una orientación y una fuerza muy diversas de las que tienen en el tuyo; en cuántos centenares de formas se presenta la ocasión de desavenencias y desacuerdos y de huirse recíprocamente como enemigos. Después de haber meditado todo esto, tú te dirás: ¡Qué poco seguro es el suelo en que reposan todos nuestros lazos y todas nuestras amistades! ¡Qué próximos están los chubascos fríos ó el mal tiempo! ¡Qué aislado se halla todo hombre! Si alguien se da perfecta cuenta de esto, y, además, de que todas las opiniones, y su especie, y su fuerza, son entre sus contemporáneos tan necesarias é irresponsables como sus acciones, si adquiere vista para mirar esa necesidad íntima de las opiniones salir del indisoluble enlace del carácter, de la ocupación, del talento, del medio, perderá quizá la amargura y la aspereza de sentimiento con el cual un sabio (1) exclamaba: «Amigos, no hay amigos.» Se hará más bien esta confesión: «Sí, hay amigos; pero es el error, la ilusión acerca de ti quien los ha conducido hasta ti; y les es necesario haber aprendido á callarse para per-

(1) Aristóteles.

manecer siempre amigos; pues casi siempre tales relaciones humanas descansan sobre que una ó dos cosas no serán jamás dichas, que ni aun serán tocadas jamás; pero esos guijarros ruedan, tras ellos va la amistad, y se rompe.» ¿Hay por ventura hombres para quienes no fuese mortal herida el saber lo que sus más fieles amigos sienten de ellos en el fondo? Aprendiendo á conocernos á nosotros mismos, á considerar nuestro mismo ser como una esfera móvil de opiniones y de tendencias, y así á despreciarlo un poco, pongámonos en parangón con los demás. Es verdad que tenemos buenas razones para estimar poco á cada uno de los que conocemos, así sean los más grandes; pero también otras semejantes para volver ese sentimiento contra nosotros mismos. Así, pues, soportemos á los demás lo que á nosotros nos soportamos, y quizá llegará un día la hora dichosa, en que podáis exclamar con el sabio moribundo: «¡Amigos, no hay amigos!» añadiendo: «¡Enemigos, no hay enemigos!»